

0500

Fer Nante

Image not found.

Capítulo 1

“A las 5 despertará él, para que de allí en más duermas tú”

1

Me despertó la alarma a una o dos habitaciones del lugar donde me encontraba.

Sobre la mesa de luz el reloj marcaba las 05:00 en un rojo que iluminaba parcialmente la habitación junto con la vela encendida del otro lado de la cama. Una respiración entrecortada *un gemido* comenzó a oírse no muy lejos del lugar. Unos golpes al gastado piso de madera lo acompañaban con su ritmo. La alarma había cesado.

2

Ella había muerto de vieja. Era la abuela Tania, cuando y sin embargo en mis días apenas era la menor de la familia con 4 años. Pero habían pasado los días, nos había devorado la vida. Ella se hizo grande, fue mamá, abuela, bisabuela y murió. Los demás, no éramos sino una fantasía de los nuevos niños con vida, aquellos viejos que aparecen en fotografías y que alguna vez existieron con ropa ridícula y costumbres inimaginables para esos tiempos. Todo pasa. Mis viejos ridículos también fueron niños. Y yo ya era uno de ellos también, en alguna imagen de papel amarillo o en el recuerdo de haber sido nombrado alguna vez por la Abuela Tania. Seremos los de las fotos, habiendo perdido la vida pensando sólo en cosas sin sentido.

3

Me costó mucho tiempo olvidarme de Carolina. De hecho, aún no la olvidé. Vos lo sabes y siempre te agoto con el mismo tema. Pero es que la amo. O creo amarla. Concordia está tan cerca de Santa Fe, que me dan ganas de ir a buscarla y decirle todo lo que siento por ella. O lo que creo sentir.

El tema es que no la puedo olvidar, y esos días que estuve encerrado en mi casa por... por melancolía quizás *no fue por melancolía*, entré a una web de encuentros. De esos que calificás, te tirás el lance a ver si la mina también tiene onda con vos, o directamente podés chatear. Y bueno, vi una mina de 50 años sabés... y ... me llamó la atención. Estaba buena.

Ja. Sí. 50. Posta. Bueno, dejame contar. Resulta que por fin le escribí y me respondió al día siguiente. Y así. Me escribía ella, le escribía yo, siempre cuando uno de los dos no estaba. Hasta que coincidimos un día

que estuvimos los dos conectados.

Chateamos veinte minutos sin tutearnos, con mucho respeto, pero la conversación se fue poniendo caliente a medida que dejábamos atrás renglones escritos. Presionaba las teclas sin detenerme a leer lo que ella me respondía... cuando el texto se acumulaba, daba cuenta que ella estaba más caliente que yo. Le ofrecí visitarla y me dijo que sí. Que estaba sola, sin compromisos. Bah, sola... había un detalle, al cual en ese momento resté importancia.

Luego de mi cena con unos parientes llegué a mi casa, me bañé, me afeité debajo del ombligo y también perfumado caminé las cuerdas que me separaban de la casa de la señora del lustro. Me abrió la puerta del edificio como si nos conociéramos de toda la vida. En el ascenso hasta su departamento hubo unos primeros roces. Y una vez dentro de su hogar, comenzaron los franeleos para detenernos ante inoportunas preguntas de la señora.

4

¿Me dices tu nombre?

Ya lo sabes.

Dime tu nombre, tu verdadero nombre. Necesito saberlo.

Martín-Volví a mentir.

Me tomó de mi pene erecto y me llevó hasta la habitación donde me desnudó sin que me diera cuenta y se tendió desnuda también ella en la cama, con una vela encendida a nuestro costado y sus manos en mis genitales. Comenzó a frotarlos y mi excitación fue plena. Pero allí nos siguió él. Un caniche. Un caniche que había ladrado en la puerta del departamento en mi ingreso y nos había perseguido hasta la habitación para seguir ladrando y no dejarnos en paz.

Hubo penetración. Se la metí por el ano y fue fantástico. La coloqué boca abajo y de inmediato se aferró a la almohada y a las sábanas mientras gemía de placer.

En medio del cotejo el perro seguía molestando por lo que decidí tirarle un golpe sin atinarle, y en el segundo intento mordió mi dedo anular provocando una herida. Detuve el sexo de repente y la mujer notó qué sucedía. La sangre brotaba desde la uña hasta la palma de mi mano. Ella se levantó y buscó unos elementos que pudiera detener la hemorragia. Fue muy sencillo. Habría deseado no intentar golpear jamás al perro. Tal

vez, pienso que quizás tal vez, hubiera podido pasar inadvertido.

5

Eran apenas las 2am cuando había ingresado al departamento y para ese entonces el reloj marcaba las 2:30 en punto. Quedé sentado en la cama con la espalda apoyada al extremo con las almohadas a mi auxilio, desnudo, con el pene ya caído hacia la izquierda pero aún hinchado por el sexo. Ella volvió a entrar y se detuvo a observarme aprovechando la luz encendida.

Que Dios me perdone. Tú no pareces uno de ellos. Aún así, él debe alimentarse.

6

Si bien la herida no había sido extremadamente importante, por un momento me concentré en ella intentando evitar que siga perdiendo sangre y además sin querer manchar el lugar. El ambiente ya no contenía sexo, por lo que pensé marcharme de inmediato. Pero cuando quité mi atención de mi mano, mi vista se posó sobre los objetos de la pared.

7

Ven aquí, no prendas la luz. La habitación no está decorada para la ocasión. Sígueme y acuéstate. Quiero que me cojas. Quiero entregarte el culo.

8

Cuadros, colgantes y una mano clavada que horrorizaba al pensar que podría ser real, humana. En el centro de la pared, dos inscripciones a puño de letra:

Habla de mí y despertaré. Despiértame y te devoraré.

Ella volvió a ingresar luego de tantas idas y venidas.

Ya debería haberte hecho efecto. Seguramente tus piernas no responden. Devuélveme el vaso que derramarás lo que resta.

Me lo quitó sin resistencia y volvió a retirarse, dejando una luz tenue encendida desde su mesa de luz y la titilante luz roja del radio reloj del otro lado. Me había drogado. Y su cálculo era correcto, pues parte de mi cuerpo ya no respondía.

Las cucarachas aguardarán las horas oscuras para devorar a la presa.

Comencé a sentir sueño, pero de todas formas creía escucharla muy cerca mío. Soñé con el paso del tiempo. Aquél extenso y remoto, totalmente al superior que había alcanzado a imaginar alguna vez. Mi sobrina, a penas de cuatro años ya había pasado los 95 y desaparecido del planeta. Y con ella, todo lo nuevo.

¿Por qué mi hermanito no camina? ¿Por qué aprende a gatear si después ya no lo volverá a hacer? ¿Alguna otra vez vamos a volver a hacerlo?

No. Jamás. Una vez que caminas ya no se necesita gatear, Tani.

Es raro entonces. Deberías recordar cómo se hace... al menos arrastrarte. *No siempre vas a poder caminar. No siempre podrás hacerlo. No.*

Desperté con un sabor extraño en mi boca, un ventilador pequeño de pie encendido, una alarma sonando no muy lejos y una habitación girando por mi cabeza, al mismo tiempo que se alejaba la neblina de mis ojos aletargados.

Las imágenes sobre las paredes trasmitían morbo sangriento. En la pintura la señora protagonizaba la escena, inclinada 90 grados sobre un escritorio mientras un masculino la penetraba por detrás. Distinguí que ambos sacaban la lengua, pareciendo gemir como los perros, un gemido de goce con los ojos bien abiertos y los dedos de él sumergiéndose en su carne. Cerca de ellos observaba un caniche.

Una pequeña escultura en el tocador principal, era simplemente una persona arrodillada con las manos en su cuello... sin cabeza. Una persona desgollada.

Por último un banderín negro, aparentemente de una secta o un club privado. Con flecos negros pero sin ninguna imagen en su interior.

9

Eran casi las 5:00. Creí recordar que había llegado a las 2 al departamento. Pensaba en ella. Quería que aparezca. Quería poder levantarme y desaparecer. El gemido y la respiración se fueron acercando, mientras desaparecían las voces de ensueños de mi cabeza. Mi celular estaba en mis pantalones, lejos de mí. Debía levantarme y había olvidado cómo hacerlo. Me volví a dormir, traspirado y con mal aliento.

10

Toc toc, aaaag, toc toc, aaaag, toc toc, aaaag

¡¡CLAUDIA!! ¡¡CLAUDIA POR FAVOR!!

Toc TOC.

11

Sonó una melodía en mi cabeza, una melodía diabólica. Me pareció despertar en una habitación de terror, una habitación de Silent Hill. Sin estar maniatado pero con poca movilidad quise girar sobre mí en la cama para reponerme sobre el otro lado donde estaba un pequeño objeto con una vela casi extinta. Alejarme de la puerta, donde alguien o algo acechaba. Se asomó por lo bajo y olfateó. Con mucha torpeza logré girar y caer del lado izquierdo de la cama. Se oyó desplomar mi cuerpo sobre el piso de madera, y mi cabeza contra la mesa de luz. Vomité sobre mi brazo y creí volver a desvanecerme cuando Tania me habló.

¿Quieres que te cante una canción? Arrástrate y te cantaré. Arrástrate ahora. Si logras escapar, en unos años me salvarás.

12

Tania estaba enferma. Suerte o falta de ella, a Tani le había tocado sufrirla. Desde el laboratorio usábamos las horas sólo para encontrarle una cura... o restarle el dolor, para que viva... para que no muera niña.

13

Arrástrate y te cantaré.

14

La melodía desaparecía, pero otros sonidos familiares surgían. No muy lejos de la habitación se oían los sonidos de chat de un sitio web. La señora estaba sentada allí, frente a la computadora que estaba en el living de ingreso del departamento. Allí donde no permanecimos ni cinco minutos para a posteriori revolcarnos en la cama.

¡¡¡CLAUDIA!!!!

15

No tengo marido, pero tengo un hijo en cama. – Claudia

¿Tiene fiebre?

No. – Claudia

Ah, mil disculpas. ¿Tiene capacidades diferentes? ¿Verdad?

No, no tan así. Bueno sí. Pero no como seguramente lo crees. No puedo contarte. De todas maneras no es algo que impida que vengas a visitarme. ¿Quieres venir? Quiero que me hagas algunas cositas. – Claudia

16

Dale tío, tío mío. Si quieres que te cante, debes salir de ahí. Si quieres salvarme, debes sobrevivir tú también. Gatea. Como mi hermanito. ¿Así, ves?

Y lo vi perfectamente.

No llores. Gatea. Vamos. No llores por favor tío mío.

17

Me repuse boca abajo y flexioné los brazos, levantando diez veces mi peso habitual. El suelo me absorbía con total prepotencia. Mis rodillas al suelo y comencé a gatear. Rodeé la cama y nos vimos frente a frente. Una especie espeluznante. Arrastraba su cuerpo empujado con sus dos rodillas. Abría y cerraba sus puños pero sus brazos parecían no responderle. Me miró. Me sonrió. Abrió su boca y oí el sonido humano más agudo de mi vida. – *iiiiii IIIIIIAAAAAAAA !!!!!!!!!!!*

Intenté retroceder inútilmente, sin ocurrir una idea, alguna escapatoria. Repuse mi brazo derecho sobre la cama e intenté escalar sobre ella pero él avanzó sobre mí quejándose por las astillas de madera que seguramente iban clavándose en su cuerpo... viendo también escapar a su víctima, su presa, su cena. Intentando escapar. El cubrecama amontonado al pie del colchón por el sexo reciente cedió y caí de costado dando nuevamente un golpe... ofreciendo mi carne lateral al hijo ¿hijo? de Claudia ¿Claudia? Me clavó sus uñas en el gemelo y sus dientes en mi estómago... hasta que un reflejo *reflejo tardío* de mi puño derecho impactó en su rostro. Largó un alarido de dolor espeluznante como él, como sus movimientos, mientras notaba entonces que recuperaba de a poco mi control y volví al lateral de la cama para intentar subirme nuevamente. El niño maldito quedó rezagado quejándose de dolor mientras yo subía con medio cuerpo despertando y otro medio aún soñando. Crucé el lateral de las sábanas sexuales marcándola de sangre y algunos restos de vómito de mi boca hasta que caí de cabeza del otro lado... iluminado nuevamente con la luz centellante marcando aún las 5:00. Tania volvió a hablarme, pero el sonido del chat del sitio web más las quejas del demonio no me permitieron oírla. Observé la puerta pero él ya se había repuesto en su

cacería. Me buscó con la boca abierta con la lengua roja y los dientes negros. Sus ojos en otro lado. Una descripción muy simple para lo horrible. Avancé no más de dos metros, ingresé al cuarto de baño y cerré la puerta delante de él. No le atiné.

18

Cerré mis ojos, me detuve frente a la puerta de la casa de su niñez y llamé golpeando tres veces.

¿Tania? ¿Estás ahí?

...

¿Tani? Por favor... Toc Toc Toc.

El sol me daba en la cabeza. Allí no sangraba.

19

No llores

No estoy llorando

Sí, lo haces. Tienes sangre. ¿Te conté que me encontré un lorito? Jajajajajajaj... Lo atropellamos con el auto de mi papá. Fue sin querer.

No. Pero ahora no Tania...

¿Quieres que te cante?

Ahora no por favor.

Laaaraa... Laaaraaaa... Laralaralaaaraa...

Ya Basta!

Al perro le gusta

¿Qué perro?

Ese que está ahí. ¿Lo puedo acariciar?

iiiNo!!!

¿Recuerdas cuando jugábamos a ser leones? ¿Un león le gana a un perro

chiquito? ¿Lo puedo acariciar?

iiiNo!!! iiiBasta!!!

Laaaaaraaaa... laaaaariiiii... Igual te prefiero a ti con vida. Sálvate. Debes salvarme.

20

Desperté del desmayo que no había visto llegar. Abrí los ojos y noté que ciertamente estaba a salvo. La puerta cerrada del baño, y él del otro lado... rasgándola. La alfombra sucia de antaños y mi sangre derramándose en ella. Mi boca besaba los flecos y su hedor ya era insoportable. Y el caniche estaba ahí. Ahí. Mirando. Olvidado de nuestro enfrentamiento, aparentemente escondido también de él. De él. Sabiendo estar en mi mismo sitio, la misma suerte.

¿Un león le gana a un perro chiquito?

Seguramente el perro no vencería a la especie espeluznante. Pero Tani me lo había marcado. Llamándola en su casa, y apareciendo conmigo en el baño, observándolo, queriéndolo acariciar y preguntándome quién vencería en un combate.

Descansé unos minutos más con la cabeza apoyada en mi brazo derecho, sintiendo recuperar de a poco las sensaciones. Lo lanzaría al caniche esperando que ahuyente la bestia. Esperando que le gane. Esperando que suceda algo, esperando que deje de rasgar la puerta.

Boca abajo y ya los brazos extendidos, respondiendo con mayor lucidez, observé el techo y en él, dos jaulas pequeñas en los rincones. Sea lo que haya habido allí ya no tenía vida. Observé al perro una vez más y di cuenta que esperaba de mí una resolución. Entendía perfectamente lo que sucedía, y esperaba que yo lo pudiese solucionar. Un silencio atroz se envolvía en ese instante detrás de la puerta. Los alaridos de dolor y los gemidos habían desaparecido. Me repuse de rodillas y me amigué con el perro. Lo acaricié unos segundos y en un instante lo tomé por los pelos enrulados y lo arrojé del lado de la habitación en un abrir y cerrar de puerta.

UAAAAAAAAAAAAJJJJJJJJJJJJ

AAUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU

No más de 10 segundos de combate y por nada dudé quién había ganado. Se oyeron pasos pesados y un grito en el cielo. Otro grito de furia a metros de mí. Claudia proyectaba su odio a la bestia. Había muerto la mascota. Pude observar algún movimiento por la cerradura de la puerta,

sin distinguir demasiado. Algunos ademanes seguidos de regaños y más furia. Desaparecieron los tres cuerpos cuando por fin era mi momento.

Asomé mi espíritu a la habitación y fui arrastrándome por el suelo para llegar hasta la puerta y observar por el pasillo. Con un mareo que no me permitía ponerme en pie, fui atravesando el departamento chocando con los rastros de sangre ajena, pasando por el baño para ver de espaldas a Claudia, fregando en el lavabo al perro que yacía en sus brazos. La bestia acurrucada a un costado, sin levantar la mirada arrepentida por el instante de instinto asesino. Continué la huída y cuando llegaba a la puerta de salida para descubrir que milagrosamente estaba sin trabas, se oyó otro grito en el cielo: Habrían descubierto que me escapaba. Atravesé el hall, ingresé al ascensor y ya no me alcanzarían más. Y la sangre en el camino quizás haga justicia al día siguiente. Jamás lo descubrí.

Logré reponerme en planta baja, ponerme de pie y avanzar en vertical. Caminé unas cuadras por calle Gobernador Crespo hasta 25 de mayo y doblé hacia el sur para llegar por fin a mi casa. Las heridas sanaron con el correr de los días. Cerré la cuenta de la red social esa misma noche.

Gracias Tania por no haberte alejado.

Te lo agradeceré yo en unos años tío mío. Te lo agradeceré en unos años. ¿Quieres que cante?

Sí, cántame por favor. Canta todo lo que desees.